

La (re)construcción de la identidad en el exilio: el caso de dominicanas y cubanas en Estados Unidos¹

Ana Celi y Claudia Harrington

RESUMEN

La literatura producida por las US Latina Writers, como los casos que se analizarán a continuación, de cubanas y dominicanas, constituyen un esfuerzo de representación de las situaciones provocadas por identidades fragmentadas que se recrean entre dos culturas en sociedades fragmentadas. Analizaremos el proceso de re-creación de identidades en el exilio en la novela *De cómo las chicas García perdieron el acento* (1992), de la escritora dominicano-americana Julia Álvarez, y en *Soñar en cubano* (1992), de la escritora cubano-americana Cristina García. Ambas novelas están estructuradas sobre la memoria de los integrantes de la familia, la americanización de los personajes femeninos y las pérdidas del lenguaje y cultura de su país natal. De este modo, el foco de nuestro análisis estará, principalmente, en el lenguaje, junto con el efecto de las dinámicas sociales, tales como género, etnia y clase. El resultado es la recreación de identidades híbridas con múltiples peculiaridades lingüísticas, sociales y culturales.

ABSTRACT

The literature produced by US Latina Writers as the works we'll analyse, deal with the representation of the conflicts undergone by fragmented identities re-constructed by clash of two cultures, in fragmented societies. We'll analyse the process of re-creation of identity in exile in *How the García Girls Lost their Accents* (1992), written by the Dominican-American writer Julia Álvarez, and *Dreaming in Cuban* (1992), written by the Cuban-American writer Cristina García. The structure of both novels evolves around memories of the members of the family, the Americanization of the female characters and the loss of both language and culture of their homecountry. Thus, the focus of our study will be mainly language alongside with the effect of social dynamics such as gender, ethnicity and class. The outcome of such process results in the re-construction of hybrid identities with multiple linguistics, social and cultural peculiarities.

Introducción

Reuniones de exiliados y *emigres* y refugiados; reunión en el borde de culturas 'extranjeras'; reunión en las fronteras; reuniones en los guetos o cafés del centro de las ciudades; reunión en la media vida y media luz de las lenguas extranjeras, o en la fluidez inhabitual de las lenguas de otro; reunión de los signos de aprobación y aceptación, títulos, discursos, disciplinas; reunión de las memorias del subdesarrollo, de otros mundos vividos retroactivamente; reunión del pasado en un ritual de nostalgia; reunión del presente...

1

El presente artículo es una profundización del estado de avance: "(Re)construcciones identitarias femeninas latinas en EE.UU. a fines del siglo XX: un estudio de casos a través de la literatura", de A. Celi y C. Harrington, presentado en las Jornadas Internacionales Interdisciplinarias de la Fundación ICALA, 2008.

En medio de estas reuniones solitarias del pueblo disperso, en medio de sus mitos y fantasías, y experiencias, emerge un hecho histórico de singular importancia... la construcción cultural de la nacionalidad como forma de afirmación social y textual...

Homi Bhaba, *El lugar de la cultura*.

Durante la última década del siglo XX, el problema de la construcción y reconstrucción de identidades se actualizó bajo nuevos conceptos: cuestiones de género, etnia, exclusión/inclusión comenzaron a constituirse en las nuevas manifestaciones políticas que definen a nuevos grupos sociales que trascienden lo estrictamente nacional, que superan las fronteras y que manifiestan las transformaciones sociales producidas en el seno del sistema capitalista mundial.

Un caso especial es el de las mujeres que, históricamente, habían sido consideradas como parte de la historia humana, en general caracterizada fundamentalmente por ser una historia del Hombre y, por lo tanto, una historia androcéntrica. A partir de la Segunda Ola del feminismo de los años '60, comienza a manifestarse la necesidad de visibilizar al nuevo sujeto femenino. Este desafío fue asumido por la historia y la literatura. Específicamente, en Estados Unidos, este desafío se corporiza en una serie de obras literarias producidas por mujeres de grupos étnicos minoritarios que, a través de la palabra, visibilizan las situaciones de género, raza/etnia y clase. Para María Inés Lagos (1995), estas narraciones son novelas de formación que revelan el protagonismo femenino, al mismo tiempo que reconstruyen la imagen estereotípica del inmigrante latinoamericano en Estados Unidos.

En el caso de mujeres latinas radicadas en Estados Unidos, este proceso se constata en la década de los noventa, con una amplia repercusión a nivel editorial y de público lector. La literatura producida por las *US Latina Writers*, como los casos que se analizarán a continuación, de cubanas y dominicanas, constituyen un esfuerzo de representación de las situaciones provocadas por identidades fragmentadas que se recrean entre dos culturas. En este caso específico, nuestra mirada se centrará en las cuestiones de las problemáticas del exilio, principalmente el problema de la lengua, que se conjuga con cuestiones de género, etnia y clase, definiendo las encrucijadas de (re)construcción de identidades femeninas en sociedades también fragmentadas. Para ello, se analizan las obras *Soñar en cubano*, de Cristina García (1992), y *De cómo las chicas García perdieron el acento*, de Julia Álvarez (1992).

Historias narradas desde la experiencia del exilio

Las últimas décadas del siglo XX han sido el escenario privilegiado del surgimiento de ejercicios de la memoria, de trabajos de la memoria como estrategias de comunicación, reconocimiento e identificación de sujetos y grupos provocados, en la mayoría de los casos, por situaciones traumáticas recientes y no tan recientes.

Como tales, estos ejercicios o trabajos de la memoria adquirieron un carácter de actividad social que pretende orientar acciones colectivas con distintos motivos y fines: búsqueda de la verdad y la justicia; demandas morales o económicas o la posibilidad del recuerdo como referencia para el presente y el futuro. Es por ello que quienes los realizan pueden ser considerados, al decir de Elizabeth Jelin (2002), emprendedores de memorias, agentes que generan proyectos, nuevas ideas y expresiones, agentes creativos que se movilizan y movilizan a otros en la construcción de nuevas identidades.

Al ser una actividad social, se concreta a través de distintos canales que no necesariamente están inscriptos en la faz política activista de la sociedad. El cine, las series televisivas y la literatura constituyen hoy canales de emprendimientos de memoria en clave

cultural. Apelando a la memoria, inscriben en el presente acontecimientos sociales de lo cotidiano, que afectan a su identidad personal y colectiva bajo nuevas “lecturas” y, de esta manera, establecen nuevos sentidos a la interacción social.

La memoria se convierte, así, en un objeto de estudio y, al mismo tiempo, en un instrumento de trabajo de las Ciencias Sociales, que permite (re)conocer nuevas identidades, que no necesariamente coinciden con las tradicionales identidades construidas por y a través del discurso histórico-social formalizado; nuevas identidades que se reconocen desde lo cultural en función de la presencia de una esencia y una voluntad de mantener lo específico como marca identificatoria. Nuevas identidades que recurren a canales de expresión diferentes al tradicional de la política.

La literatura está cumpliendo hoy un rol fundamental en este sentido, especialmente la novela. Además de la función de fuente que tuvo tradicionalmente la literatura, tal como señala LaCapra (98), en tanto modo de escribir significativo en el período moderno que permite abordarla tanto como objeto de estudio cuanto como forma de alcanzar voces problemáticas en la misma historia moderna, hoy la novela y, más ampliamente, la literatura en prosa, también es considerada como relato y discurso que, en ocasiones, “inventa”, “funda”, da “forma” y “sentido” al pasado, legitimando el pasado “o cristalizan una cierta idea de la identidad nacional” (Ainsa 112) y otras veces subvierte la Historia, al transformarse en canal de expresión de nuevas voces que invocan y evocan acontecimientos del pasado no tenidos en cuenta por la Historia. Desde este punto de vista, la relación novela y mujeres se transforma. Tradicionalmente, se concibió a la lectura de novelas como actividad frívola típicamente femenina, mientras que el mito pertenecía al ámbito masculino, al igual que la religión. Hoy, las novelas pueden ser consideradas artefactos culturales que se internan en el mundo público, muchas veces producto de la imaginación de mujeres que hacen uso de la ficción para dar a conocer la experiencia de sus comunidades, en torno a situaciones históricas traumáticas colectivas que afectan a los individuos en su interioridad.

Soñar en cubano (1992), de Cristina García, y *De cómo las chicas García perdieron el acento* (1992), de Julia Álvarez, narran historias similares: familias que han emigrado a EE.UU. por causas políticas. Las protagonistas, Yolanda (de República Dominicana) y Pilar (de Cuba), viven en un medio mixto, en el que se entretajan las culturas hispánica, latina, afro y norteamericana. Las protagonistas conciertan nuevas modalidades de ser mujer, a la vez que intentan desenredar las complejidades de su propia identidad cultural y social, encabalgadas entre dos lenguas, dos tradiciones culturales, dos cánones conductuales, a lo que se suman las particularidades de la condición de género en ambas culturas. Junto a estas microhistorias, aparecen otras tantas de las demás mujeres de las familias, que permiten hablar de la experiencia del exilio desde una mirada de género, de raza/etnia y de clase, en el marco de una multitud de voces que tienen en común el extrañamiento.

Construidas sobre la base de las relaciones intrafamiliares, evidencian la mutación de los roles, como resultado de la transposición a una cultura con base en otros valores, en la cual los inmigrantes carecen de la seguridad social y económica de la que gozaban en su patria, a lo cual se suman la discriminación racial y étnica, agravada por su situación de mujeres. Las representaciones sociales creadas por estas escrituras “exigen la composición de versiones más sofisticadas de nuestros conceptos de representación, verdad y realidad” (Lavagnino 95) respecto del mundo cultural. En el caso de Estados Unidos, esa realidad cobra una dimensión específica. El país de todas las posibilidades, en donde el ideal del self-made man se constituía en un concreto posible, es hoy cruzado por las problemáticas de un pluralismo que no encuentra solución; por una politización de las cuestiones étnicas, sociales y de género que se manifiesta, entre otros ámbitos, en el florecimiento de una literatura biográfica y de una ficción autobiográfica que, según Michael Fischer, no pueden quedar contenidas en las

discusiones acerca de la solidaridad grupal, los valores tradicionales, la movilidad familiar u otras categorías del análisis sociológico aplicado a la etnicidad:

las viejas novelas de inmigrantes, centradas en temas como la rebelión contra la familia, son más pertinentes para esa bibliografía sociológica. Lo que estas obras más recientes transmiten con vigor es la idea de que la etnicidad (lo mismo que otras dimensiones similares de la identidad regional, de género, religiosa, de clase y generacional) es algo reinventado y reinterpretado en cada generación por cada individuo. (250)

Porque la realidad a fines del siglo XX y principios del XXI es otra. Ya no se trata de culturas que se insertan en otras culturas como fueron los procesos migratorios que caracterizaron las primeras décadas del siglo XX. Hoy se trata de sujetos pertenecientes a minorías, aun dentro de su propia nación; se trata de comunidades subalternas, de excluidos. Hoy se trata de lo que Homi Bhabha denomina los sujetos “entre-medio” de culturas en un mundo globalizado que resalta las diferencias, entre ellas, las diferencias culturales. En este mundo globalizado, se pregunta Homi Bhabha:

...¿Cómo llegan a ser formuladas las estrategias de representación o adquisición de poder entre los reclamos en competencia de comunidades donde, pese a las historias compartidas de privación y discriminación, el intercambio de valores, significados y prioridades no siempre puede ser realizado en la colaboración y el diálogo, sino que puede ser profundamente antagónico, conflictivo y hasta inconmensurable? (18)

Porque justamente estos grupos, estas comunidades están ubicadas y son ubicadas en los límites de la cultura, que

son también los límites enunciativos de un espectro de otras historias y otras voces disonantes, incluso disidentes: mujeres, colonizados, minorías, portadores de sexualidades vigiladas. Pues la demografía del nuevo internacionalismo es la historia de la migración poscolonial, las narrativas de la diáspora cultural y política, los grandes desplazamientos sociales de campesinos y aborígenes, las poéticas del exilio, la sombría prosa de los refugiados políticos y económicos... Los conceptos mismos de culturas nacionales homogéneas, de transmisión consensual o contigua de tradiciones históricas, o de comunidades étnicas ‘orgánicas’ (como los fundamentos del comportamiento cultural) están en un profundo proceso de redefinición. (Bhabha 21)

En este contexto, se observa, en el país del norte, en el emblema del capitalismo, en la nación más desarrollada del mundo, el surgimiento de relatos que dan cuenta de esencialidades que buscan reconocerse desde los lugares liminares de la Cultura, en el marco de relaciones de poder; de escrituras literarias que se constituyen como “...reconfiguración política de las marcas registradas de identidad y de diferencia...” (Mansilla Torres 5) y, como reconfiguración política, construyen nuevas interpretaciones sociales.

La lengua y su poder: entre la diferenciación y la negociación

Un elemento básico que debe enfrentar todo exiliado, todo inmigrante, es el problema de la lengua. Teniendo en cuenta que la comunicación es elemental para toda relación social, la lengua, su aprendizaje, su adopción, no sólo es canal de integración, también se constituye para estos grupos en elemento de discriminación. Como estrategia de subversión a esta situación, pero al mismo tiempo, estrategia para la instalación del problema en el seno de la sociedad, tanto Álvarez como García escriben en inglés desde el exilio, lengua que no sólo ha afectado sus vidas sino también sus escrituras. Los discursos versan principalmente sobre sus

historias nacionales y personales, sus vivencias, sus culturas y choque de culturas, la discriminación, el sentido de “otredad”, el lenguaje, la asimilación y reconstrucción de identidades “híbridas”, ya que tanto las escritoras como sus personajes de ficción viven en el límite entre dos culturas, es decir, “en un tercer espacio de cambio y negociación entre el colonizado y el colonizador, entre el viejo y el nuevo mundo, entre el pasado y el futuro” (Bhabha 38).

Y esto está relacionado con cambios profundos en la organización social. Frente a cuerpos sociales nacionales homogéneos se está hoy, según los científicos sociales (Consejo de Decanos, 2005), ante un “social” discontinuo: la mujer, los indígenas, los discapacitados, los niños, los homosexuales; a los cuales se le agregan los movimientos “sin”, sin techo, sin tierras, sin trabajo. Se está, en consecuencia, frente a una nueva concepción de sociedad, concepción no ya marcada por lo común sino por la diferencia. Como sostiene García Canclini,

de un mundo multicultural –yuxtaposición de etnias o grupos en una ciudad o nación– pasamos a otro intercultural globalizado. Bajo concepciones multiculturales se admite la diversidad de culturas, subrayando su diferencia y proponiendo políticas relativistas de respeto, que a menudo refuerzan la segregación. En cambio, interculturalidad remite a la confrontación y el entrelazamiento, a lo que sucede cuando los grupos entran en relaciones e intercambios. Ambos términos implican dos modos de producción de lo social; multiculturalidad supone aceptación de los heterogéneos; interculturalidad implica que los diferentes son lo que son en relaciones de negociación, conflicto y préstamos recíprocos. (14-15)

Los discursos literarios analizados se inscriben justamente en esta última concepción de interculturalidad. En ellos se observa, en una primera mirada, que remiten a identidades femeninas y colectivas que comparten la percepción de estar instaladas y ser instaladas en la marginalidad; la necesidad de ser visibilizadas y reconocidas. Para ello, cada una de estas identidades emergentes elabora estrategias orientadas a la construcción de su historia, al desarrollo de un “lenguaje” y la constitución de un campo de lucha por sus derechos; reconstruyen su propia memoria a partir de contextos socioculturales y económico-políticos específicos.

Pero, a través de estas estrategias, no se intenta únicamente hacer visibles o de dar voz a quienes no tienen voz. Al contar historias diferentes, estos discursos literarios introducen una pluralidad de puntos de vista y rehacen la historia. El proceso de dar voz a los sin voz es parte de la transformación del sentido del pasado, que incluye redefiniciones profundas y reescrituras de la historia. Según Jelin, la función de dar voz a los sin voz a través de testimonios o, en este caso, a través de un relato literario que centraliza su mirada en situaciones de opresión, marginación o sometimiento históricos, escasamente implica enriquecer y complementar las voces dominantes que establecen el marco para la memoria pública. De acuerdo con esta postura, estas voces desafían los principios desde los cuales la historia se estaba escribiendo, al poner en cuestión el marco interpretativo del pasado. Desde este punto de vista, el discurso literario puede ser considerado un vehículo de la memoria. Sobre todo, de la memoria cultural que, como operación intertextual, permite la intervención de distintas voces y desde distintos lugares como por ejemplo la historia, la literatura y el arte.

Sergio Mansilla Torres comparte esta concepción y amplía su horizonte. En el análisis de la correlación literatura-identidad, coincide con la mayoría de los especialistas en el tema en que se está ante la elaboración de un discurso crítico y que, como tal, hay que inscribir esta correlación en un horizonte político de comprensión:

esto dado que el reclamo por identidad y, sobre todo, el reclamo por una práctica literaria que problematice la identidad, no sería sino, en definitiva, una práctica política de visibilización que

implica –por lo menos en el caso de las culturas subalternas– desafiar discursos e ideologías complacientes con estereotipos oficiales o complacientes con la negación del sujeto subalterno, desafío que colisiona con la reafirmación a ultranza de determinados sitios hegemónicos. (4)

Mansilla Torres sostiene que la literatura (o la que debe ser reclamado a la literatura) construye identidad porque

sus efectos identitarios tienen más que ver con la no-identidad de la identidad, con lo ausente, con lo posible y lo imposible; ausencias que se materializan como `presencia` textual a través de la memoria metaforizada y de la imaginación literaria con que se construye la otra historia de la historia. (4)

Y esta situación afecta profundamente a la Historia. Del relato construido desde arriba para fundamentar la pertenencia, se comienza a dar sentido a la pertenencia a partir de una idea de Historia que se construye culturalmente desde la base hacia la cima: “como el precipitado, en las instituciones y productos sociales, de las tendencias predominantes del pueblo en general” (Sahlins 47). Tomando la tesis de Vernant, Sahlins sostiene que

diferentes órdenes culturales tienen sus propias modalidades de acción, conciencia y determinación históricas: su propia práctica histórica. Otros tiempos, otras costumbres, y de acuerdo con la diferencia de las costumbres, la antropología distintiva que es necesaria para entender toda trayectoria humana. (48-49)

Tercer espacio, estar “entre-medio”, identidad en la no-identidad: categorías nuevas para nuevos problemas sociales: el exilio, los emigrados, la negociación. En este marco, el problema de la lengua como eje central en el contacto entre culturas. Ambas escritoras, a pesar de ser nativas de habla hispana, escriben sus experiencias en inglés y, de esta manera, construyen un intersticio entre las culturas que les permite dar a conocer sus vivencias en el exilio. Y van más allá, al intercalar palabras en español, creando un nuevo lenguaje, el bilingüismo, el cual es parte de sus propias experiencias y es considerado por estas escritoras un lenguaje efectivo para mostrar una nueva realidad.

En la novela de Julia Álvarez, esta poética del exilio es traducida desde la realidad cotidiana de estos grupos: aunque las chicas García, después de estar un tiempo en los EE.UU., aprenden el inglés como los nativos, es decir lo hablan sin acento y con fluidez, siguen siendo discriminadas. Yolanda percibe cómo, después de vivir diez años en el país y hablar como nativa, el profesor la trata como extranjera, ya que su nombre suena como extranjero.

Él se refería a los estudiantes con sobrenombres y bromas, tambaleando en mi nombre y con una sonrisa falsa hacia mí... una sonrisa que yo había detectado hacia los alumnos extranjeros para mostrar que los nativos demostraban amistad.² (88-89)

También sus pares ejercen el poder de hacerlas sentir diferentes: en la primaria, sus compañeros las despreciaban y se burlaban de su tonillo español. La segregación que experimentaron a lo largo de su vida en el exilio es algo que desconocían, puesto que en su tierra ellas eran parte de la clase alta. Carla padece el dolor de ser apedreada e insultada en la escuela: “Vuelve al lugar del cual viniste, sucia spic” (153), le dicen sus compañeras americanas.

² La traducción de citas de la obra de Julia Álvarez nos pertenece.

En *Soñar en Cubano*, se observa el mismo proceso, pero desde un puesto de observación diferente. Si en *Como las chicas García...* el observador y crítico es externo a la cultura de origen, es el Otro; en *Soñar en Cubano* es miembro de la propia cultura de la cual el migrante es originario. Si bien Pilar nació en Cuba y sus primeras palabras estuvieron dominadas por el español, el hecho de haber emigrado a corta edad a Estados Unidos marca la pérdida de su lengua materna, a tal punto que su abuela en Cuba observa cómo su nieta “escribe desde Brooklyn en un español que no le pertenece. Utiliza el mismo léxico limitado y rimbombante de los turistas de siglos anteriores, impacientes por arrojar los dados sobre el fieltro verde o sobre el asfalto” (García 20). El extrañamiento es, en consecuencia, el malestar sentido en ambas culturas, el descentramiento del sujeto de sus orígenes como de su presente, convirtiéndolos en sujetos híbridos con necesidad de buscar un espacio y (re)construir una identidad a partir de un rompecabezas desarmado.

El problema de la lengua refleja, en consecuencia, enfrentamiento y demanda de una negociación constante, que obliga a los miembros de los diferentes grupos étnicos el ejercicio de replantear y reinventar un nuevo espacio cultural, el “inter-medio” o “tercer espacio”, desde el cual (re)construirse e identificarse como nuevos sujetos sociales. Mary Louise Pratt intuía en la misma época esta tensión cultural en las sociedades desarrolladas y receptoras de grupos de inmigrantes cuantitativamente significativos, como las oleadas que llegaron de la región del Caribe a Estados Unidos. En este sentido, afirmaba:

Quando el ‘Tercer Mundo’ no pueda reconstruirse ya en un remoto ‘allá’ sino que empiece a aparecer ‘aquí’, cuando el choque de culturas, historias, religiones, lenguas diferentes ya no ocurra en la periferia... sino que ocurra, irrumpa en el centro de nuestra vida cotidiana, en las ciudades y culturas del ‘Primer Mundo’... entonces, quizá, podremos empezar a hablar de una interrupción significativa del sentido anterior de nuestras vidas, culturas, lenguas y de nuestros mundos. (Pratt, en Chambers 14)

Esta mirada, en principio en tono de advertencia, se convierte en realidad manifestada en el éxito que tienen a nivel editorial las obras de las US Latina Writers en el mercado de lectura en Estados Unidos. Este éxito, más allá de la moda cultural que pueda implicar, trasluce una problemática social que interesa y moviliza al campo académico, que incorpora estos discursos como objetos de estudio en tanto artefactos culturales que dicen “algo nuevo” sobre la realidad presente. En este sentido, el discurso de estas escritoras latinas que utilizan el inglés para escribir no sólo incorpora nuevos temas a partir de un discurso contra-hegemónico, sino también propone innovaciones estilísticas que agregan un nuevo colorido al tapiz de la literatura estadounidense.

De la representación de la realidad como algo externo a los individuos, la nueva literatura en prosa de las US Latina Writers se propone la (re)construcción de la realidad a partir de la experiencia y de la agencia humana. En este sentido, los trazos de la escritura de las autoras analizadas exploran y confunden sus experiencias en el exilio y las historias contadas por los miembros de sus culturas de forma híbrida, recreando identidades fundadoras cargadas de cuestiones ideológicas y sociales, que a veces convergen y otras chocan con la cultura anglo, al decir de H. Rosario-Sievert (33). El testimonio de Julia Álvarez es significativo al respecto, cuando sostiene, desde un “yo” específico: “...descubrí en el acto de escribir una forma de acercar estos dos mundos que a menudo chocarían en mi cabeza, conduciéndome en diferentes direcciones... En mi escritura yo podría entender estas combinaciones” (Augenbraum et al. 61). Cristina García ratifica esta experiencia, al considerar a su escritura como “hasta cierto punto un acto de reconciliación” (Vorda 71).

En los dos casos analizados, la lengua, como estructura y estructurante, aparece como vehículo de la mirada social y, al mismo tiempo, dispositivo de cambio. Tanto Julia Álvarez como Cristina García son conscientes de estos procesos que interactúan en lo social. En el

caso de la escritora dominicana, el título de la obra anticipa su significado aparente: el logro de la asimilación, a través de la aculturación, de una familia de origen hispano a la cultura dominante de los Estados Unidos. Pero, si el lector se introduce en un nivel más profundo, se asoma a otro aspecto que subyace en la novela: la problemática de la mujer latinoamericana en este país y la disputa de estas mujeres en búsqueda de una voz distintiva, en una sociedad que las amordaza en dos sentidos, tanto por su condición genérica como por su origen racial. Por su parte, el acento, al cual hace referencia el título, constituye un elemento accesorio de la idoneidad lingüística, concerniente al significante y al habla, la competencia individual. Asimismo, el conflicto que pone de manifiesto Julia Álvarez tiene que ver con el significado del signo y con la lengua como constructo social.

Si en Julia Álvarez la lengua aparece como clave interpretativa para evidenciar el efecto cultural negativo del exilio y la tensión vivida por la mujer exiliada en la cultura receptora, en *Soñar en cubano*, de Cristina García, la lengua constituye un instrumento que da cuenta de uno de los principales problemas de la postmodernidad: la reterritorialización del espacio y el redimensionamiento del tiempo en clave identitaria, que rompen los esquemas tradicionales desde los cuales se había pensado la identidad, los grupos, la nación, inclusive el Otro. Homi Bhabha sostiene que:

para la identificación, la identidad nunca es un a priori ni un producto terminado. Es sólo, por siempre, el proceso problemático del acceso a una imagen de totalidad. Las condiciones discursivas de esta imagen psíquica de identificación se aclaran si pensamos en la perspectiva peligrosa del concepto de la imagen misma. Pues la imagen, como punto de identificación, marca el sitio de una ambivalencia. Su representación siempre está espacialmente escindida (hace presente algo que está ausente) y temporalmente postergado: es la representación de un tiempo que está siempre en otra parte, una repetición. (72)

En *Soñar en cubano*, Cristina García presenta esta mirada en una realidad fragmentada como es la del exilio. “La mejor novela cubana de los últimos años fue escrita en inglés por una joven exiliada” es el comentario elegido por el crítico Carlos Fuentes para presentar esta novela. En una sola frase, Fuentes resume las características de esta nueva literatura, en la que Cristina García se convierte en referente de la voz femenina cubano-americana, literatura denominada por Michele C. Dávila Gonçalves como “literatura étnica”, en contraposición a la literatura de inmigrantes, correspondiente a los primeros emigrados cubanos, y que da cuenta de un nuevo “ser” cultural y político que se autoconstruye no desde la discriminación, el acecho o la persecución sino como “...apego a los antepasados y a las tradiciones del país de origen” (Burunat y García, en Dávila Gonçalves 44). En este sentido, Cristina García remarca, a través de Pilar, representante de la hibridez cultural, un nuevo desdoblamiento, en este caso, deseado como positivo, a diferencia de las dominicanas:

He comenzado a soñar en español, cosa que no me había pasado nunca. Me despierto sintiéndome distinta, como si algo dentro de mí estuviese cambiando, algo químico e irreversible. Hay algo mágico aquí que va abriéndose camino por mis venas. Hay algo también en la vegetación a lo que yo respondo instintivamente: la hermosa buganvilla los flamboyanes y las jacarandás, las orquídeas que crecen sobre los troncos de las misteriosas ceibas. Y quiero a la Habana, su bullicio y su decadencia y su aquello de fulana. Podría sentarme feliz durante días y días en unos de aquellos balcones de hierro forjado, o quedarme en compañía de mi abuela en su porche, con su vista al mar de primera fila. Me da miedo perder todo esto, perder nuevamente a abuela Celia. Pero tarde o temprano tendré que regresar a Nueva York. Ahora sé que es allí donde pertenezco (y no en vez de a Cuba, si no más que a Cuba). ¿Cómo puedo decirle esto a mi abuela? (García 311)

Haciendo uso de la lengua de adopción, la literatura de las US Latina Writers pone en evidencia las “dinámicas culturales de la sociedad posreligiosa, tecnológica y secular de las democracias industriales de fines del siglo XX” (Marcus y Fischer 252). El sujeto femenino en acto de habla se construye a través de tramas narrativas, que pueden ser interpretadas desde la constitución de identidades fundadoras e identidades negativas, entremezcladas para potenciar creativamente un estilo de lenguaje a ser descifrado. Este desciframiento no deja de ser conjetural y, por lo tanto, susceptible de ser validado mediante la demostración de que esa interpretación es la más probable en función de lo que se conoce a través de otros discursos sociales.

Estas dinámicas revelan “un rico tejido cultural que sencillamente no se homogeneiza en la insipidez” (Marcus y Fischer 252), cuya lectura es un componente decisivo en la comprensión de las escrituras interculturales. Un acto comunicacional en donde la presentación de lo ausente está cruzada por denuncias y anhelo, una literatura que se presenta como evidencia y al mismo tiempo proyecto, en donde el “yo” se compara con el Otro y con otras minorías étnicas.

La experiencia de 'ser' latinos en Estados Unidos, pero también cubanas, dominicanas...

La situación de los inmigrantes latinos en Estados Unidos conjuga, además del problema de la lengua, categorías axiológicas relacionadas con los constructos de clase y etnia. En el caso de Estados Unidos, específicamente, el ser considerado hispano constituye un presupuesto implícito de la cultura anglo para ubicar a los emigrados y sus descendientes en los sectores más bajos de una pirámide social jerárquica, que contribuye a obstaculizar las posibilidades de movilidad social en el país de todas las posibilidades.

Las novelas analizadas dan cuenta de la alteración de las diferencias étnicas y de clase conocidas, lo cual intensifica los inconvenientes propios de la adaptación de los inmigrantes. En ambas novelas, los padres de Pilar y Yolanda deben renunciar a la preeminencia dada por la prerrogativa y la reputación social de la que gozaban en sus países de origen. El padre de Yolanda, un prestigioso médico en República Dominicana, se ve obligado a refugiarse en EE.UU., tras tomar parte en una tentativa para deponer a Trujillo, respaldada por una agencia norteamericana: “Ellos tenían solamente objetos de segunda mano... ropas de Round Robin y un televisor en blanco y negro cuya imagen estaba distorsionada por líneas ondulantes” (Álvarez 107). Lo cotidiano da cuenta de la empobrecida situación económica de la familia, que depende de una exigua beca que sólo solventa el alquiler de una casa en los suburbios de los latinos católicos, mientras el padre revalida su título para ejercer medicina en Nueva York.

El padre de Pilar, perteneciente a una familia de raigambre en Cuba, dueña de casinos y una hacienda, pasa a depender económicamente de su mujer, Lourdes. En este último caso, la figura femenina adquiere un poder explícito en la organización familiar a su llegada a Estados Unidos. El espacio público es conquistado por Lourdes y no por su marido, que queda instalado en el espacio privado. Esta mirada es reforzada por la lectura de clase, en la cual la situación de los cubanos aparece como marcadamente diferente a la del resto de los latinos en tanto que, como señala Dávila Gonçalves, “aunque la resistencia a asimilarse ha sido notoria al igual que en los otros grupos minoritarios, los cubanos han tenido un éxito económico que no han tenido los otros grupos inmigrantes latinos...” (44).

Esta lectura general sobre la situación de los emigrados latinos en Estados Unidos se combina con la referencia a la discriminación racial en sus respectivos países. Ejemplo de ello es la explícita mención, por parte de Álvarez, del rechazo de las servidoras dominicanas de piel clara hacia las criadas haitianas; “...Pila, a la que además temen por ser de Haití, sinónimo de vudú, y desprecian por su cara marrón” (279), se convierte en lo no deseado y, por lo tanto, rechazado bajo el signo del temor y la segregación. En este segundo caso, el rechazo, que es tanto social como racial, tiene una larga historia, cuyos orígenes se remontan a la isla: el

enfrentamiento entre haitianos y dominicanos que, sobre todo en tiempos del dictador Trujillo, regó la isla con sangre (218). Este hecho social y racial es representado por Álvarez cuando introduce en el discurso literario el hecho histórico de la masacre de los haitianos decretada por Trujillo y que dejó como consecuencia “...hay un río con los cuerpos que fueron finalmente arrojados que supuestamente todavía corre rojo hasta ahora, cincuenta años más tarde” (218).

En el caso de Cuba, las diferencias establecidas con respecto al negro y a aquellos cuyo color de piel denota algún ascendente afro, constituyen huellas literarias que evidencian formas de diferenciación étnica o racial que se encuentran en todas las sociedades. En Cuba,

...durante muchos años, nadie ha hablado sobre el problema entre negros y blancos. Ha sido considerado un tema un tanto incómodo para sentarse a discutirlo. Pero mi padre ha hablado lo suficientemente claro como para que yo haya comprendido lo que pasó con su padre y con sus tíos durante la pequeña guerra de 1912, para que yo haya sabido cómo fueron perseguidos nuestros hombres noche y día como si fuesen animales, hasta terminar colgando de sus genitales en las farolas de Guáimaro. La guerra que mató a mi abuelo y a mis tíos abuelos y a otros miles de negros más, es tan sólo una nota a pie de página de nuestros libros de historia... (García 247)

El aludir a estas realidades diferentes les permite a Álvarez y a García reconocer las diferencias al interior del propio grupo hispano en Estados Unidos, que es llamativa en la mirada de los cubano-norteamericanos. García hace expresa alusión a una cierta forma despectiva de los cubanos inmigrantes con respecto a los portorriqueños a través del personaje de Lourdes: “La igualdad es una más entre todas sus abstracciones. La realidad habla por sí misma. ‘Yo no soy quien calcula las estadísticas –le dice a Pilar– No soy yo quien pone el color sobre las caras del barrio’. Caras negras, caras puertorriqueñas” (175).

Las respuestas femeninas y las (re)construcciones identitarias latinas desde una perspectiva de género

Frente a estas realidades, tanto García como Álvarez materializan narrativamente las (re)construcciones identitarias femeninas latinas en Estados Unidos.

Para un sujeto que no es parte de la ideología dominante, la construcción de la identidad y de sí mismo es una referencia compleja. Al construirse a sí misma como sujeto, una latina debe deconstruir la representación de estereotipos de sí misma contruidos y proyectados por la ideología dominante. (Alonso Gallo s/p)

Pilar y Yolanda, apenas niñas cuando arriban a Estados Unidos, se convierten con el tiempo en sujetos de culturas híbridas que idealizan el pasado, sus países de origen y se debaten interiormente en la búsqueda de una identidad.

En cambio, sus madres, mujeres adultas al momento del arribo, manifiestan otras conductas. A través de ellas, se puede observar la apropiación, por parte de las mujeres procedentes de países hispanoamericanos, de una independencia y una posición que no tenían en sus naciones y que disfrutaban. La madre de Yolanda cambia el resguardo y la comodidad de la clase social acomodada de la que gozaba en República Dominicana por su nueva realidad estadounidense. “Ella no quería volver al viejo país donde, de la Torre o no, ella era sólo esposa y madre... Mejor una no nadie independiente que una esclava del hogar de clase alta...” (Álvarez 143-144). Lourdes, la madre de Pilar, se siente satisfecha con su vida en Nueva York, más aún, considera que “la inmigración la ha redefinido y ella se siente muy agradecida... ella da la bienvenida a su lengua de adopción, a sus posibilidades para la reinención... No quiere ni la más mínima parte de Cuba...” (García 106). Las experiencias

diferentes entre madres e hijas son claras: mientras que las primeras hacen la opción en el momento de migrar aun bajo condiciones de fuerte tensión, sus hijas, que son llevadas a un país desconocido donde deben continuar su proceso de aprendizaje, se sienten injertadas.

La situación de injertados de los personajes principales agrava un trance intrínsecamente complicado –crecer y adaptarse a un determinado contexto social–, si se considera que la cultura hispanoamericana es “esencialmente heterogénea” (Hicks XXIV) y que las diversidades culturales influyen en la construcción de la identidad. En estas narraciones, encontramos personalidades extrañadas por el desarraigo y el desafío de conjugar culturas, lenguas y creencias plurales.

Estas diferentes experiencias femeninas se traducen en un vínculo madre-hijas que es usualmente problemático en los relatos de estas autoras, vínculo marcado por las rebeldías de las hijas hacia conductas en cierta forma autoritarias de las madres. Si bien, como consecuencia de la relación con la nueva cultura, que favorece una mayor autonomía, las madres encuentran otros paradigmas de mujer y se alejan de la mansedumbre de las mujeres hispanoamericanas, subordinadas a la herencia patriarcal de sus comunidades, convirtiéndose en la mayoría de los casos en mujeres de autoridad dentro del grupo familiar, mantienen hacia sus hijas fuertes exigencias en torno a la educación formal e informal, sobre todo, con respecto a la sexualidad.

Estas relaciones conflictivas se agudizan con la distancia. Éste es el caso que Cristina García trabaja con profundidad en *Soñar en cubano*. La distancia y las dificultades de comunicación entre madre e hijas queda plenamente reflejado entre la Abuela Celia, que decide quedarse en Cuba, como fiel militante de la Revolución y fanática de El Líder, y sus hijas Lourdes, en Estados Unidos, y Felicia, en Cuba. Para Lourdes, Celia tuvo muchas oportunidades de marcharse de la isla pero no sólo es terca sino que también su cerebro ha sido absorbido por El Líder. Para Felicia, es difícil explicar esa relación antinatural, hasta sexual, entre su madre y El Líder, al punto de preguntarse por qué su madre tiene en el portarretratos al lado de su cama la foto de Castro sobre la de su padre. Esta distancia y falta de comunicación es sentida tanto por la madre como por las hijas, que han optado por hacer vidas totalmente diferentes a la de su madre, quien mantiene una mayor comunicación con Pilar, la nieta, que insistentemente recoge las piezas sueltas del rompecabezas de su propia identidad. En Pilar, Celia encuentra el eco de su propia identidad, renovando el principio ancestral de la historia cuando le dice “Las mujeres que duran más que sus hijas son huérfanas. Sólo sus nietas pueden salvarlas, sólo ellas pueden preservar su conocimiento como si fuera el fuego primigenio” (294).

También las chicas García han optado por llevar vidas diferentes a la de su madre. A modo de ejemplo, deciden vivir sin prejuicios su sexualidad, no compartiendo las ideas de su madre: “ella no creía en el sexo para niñas” (Álvarez 46). La americanización de las chicas García insinúa todas las características de la nueva cultura de los `60: sexo libre, drogas, divorcios, embarazos extramatrimoniales, que constituyen actos censurados por las culturas hispanoamericanas católicas.

Había habido varios divorcios entre ellas, incluyendo el de Yolanda. La mayor (...) se había casado con el analista que la había estado atendiendo cuando el primer matrimonio fracasó. La segunda estaba tomando cantidades de drogas para mantener su peso. La más joven se había ido con un hombre alemán después de que descubrieron que ella estaba embarazada. (47)

Los rompecabezas desarticulados de la hibridez terminan por acomodarse, tanto para la cubana-americana Pilar como para la dominicana-americana Yolanda, cuando regresan a su lugar de origen. Allí toman conciencia de que la idealización del pasado es justamente eso, una idealización y que es imposible volver atrás. Ellas ya son, en parte, producto de otra cultura y, como tales, deben conciliar su pluralidad, sin desconocer las marcas producidas por

la búsqueda de armonía. En *De cómo las chicas García perdieron el acento*, la diversidad del sujeto se manifiesta claramente en la multiplicación de nombres de la protagonista: Yolanda, Yo, Yoyo, Joe, Jolinda, Yosita, Yolanda Altigracia... En *Soñar en cubano*, una vez que Pilar reconstruye su historia cubana de la mano de la Abuela, entiende que, por más amor que sienta por esa isla, también híbrida a su manera, debe regresar a Nueva York. Sin restringir su tenacidad para labrarse su propia personalidad, las protagonistas optimizan su apreciación de sí mismas, al admitir la complejidad de su herencia cultural.

Conclusiones

Soñar en cubano y *De cómo las chicas García perdieron el acento* son novelas que se estructuran sobre las memorias de los integrantes de la familia y, en ambos textos, los personajes femeninos se americanizan, al mismo tiempo que manifiestan la pérdida de su cultura de origen. En esta tensión, sufren la aflicción de sentirse fragmentados entre dos mundos. La (re)construcción identitaria latina de estas mujeres injertadas en sociedades complejas refuerza el valor de la experiencia de base como sostén de su subjetividad, pero principalmente de los códigos culturales y de clase sobre los cuales se entretajan nuevas vivencias. Las mismas están dominadas por el aislamiento, el sentimiento de “otredad”, la segregación por motivos étnicos, la alteración de los roles de género como secuela del exilio, provocando ambivalencias en sus tentativas de adaptación y asimilación a la nueva cultura y al nuevo país. Tal conflicto muchas veces produce una disyuntiva, puesto que ni pueden cortar con los lazos que los ligan a sus patrias ni se incorporan por completo a la nueva cultura. El resultado es una reinención constante y una negociación permanente en una tierra nueva, cuya real identidad—paradójicamente—es no tener identidad propia, ya que está constituida por una mixtura híbrida de grupos étnicos con multiplicidad de peculiaridades lingüísticas, sociales y culturales. La (re) presentación resultante es “...un espacio cultural híbrido, en el que los valores de la cultura hispánica y la aglo-norteamericana se cruzan”, como sostiene María Inés Lagos (196).

Los espacios culturales híbridos constituyen las nuevas realidades de fines del siglo XX. Sus miembros se sitúan en las fronteras culturales, definiendo nuevas identidades en construcción entre culturas; construcción que apela al pasado, hace uso de la memoria. En esta revisión de la Historia, las voces de mujeres introducen experiencias y vivencias distintas a los hombres: frente a la mirada masculina racional y práctica masculina, las mujeres apelan a la cotidianidad y a las relaciones familiares; a los detalles y a los sentidos. De esta manera, la subjetividad se hace presente y cobra fuerza desde la literatura para llenar aquellos espacios vacíos por la Historia, lo “no contado hasta ahora” o “lo apenas contado a medias”, bajo el predominio de la mirada hegemónica.

Bibliografía

- Ainsa, Fernando. “Invención literaria y ‘reconstrucción histórica’ en la nueva narrativa latinoamericana”. Kohurt, Kart (ed.) *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt-Madrid: Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstatt, 1997.
- Alonso Gallo, Laura. “Salomé Ureña y las hermanas Mirabal según Julia Álvarez”. *La ventana*. <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=2607>. Fecha de acceso 15 junio de 2005. (online).
- Álvarez, Julia. *How the García Girls Lost their Accents*. New York: Plume Printing, 1992.

- Augenbraum, Harold et al. *Bendíceme América: Latinos Writers of the United States*. New York: The Mercantile Library of New York, 1993.
- Bhabha, Homi. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ed. Manantial, 2002.
- Chambers, Iain. *Migración, Cultura, Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1994.
- Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas. *Crisis de las ciencias sociales de la Argentina en crisis*. Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- Dávila Gonçalves, Michele. "La voz caribeña femenina en la literatura de los Estados Unidos". *Exégesis*, 13 (37-38) 2000: 42-46. Fecha de acceso 22 de marzo de 2010. <http://www.yorg.edu/exegesis/37/Exeg-37-42-46.pdf>. (online).
- Fischer, Michael. "La etnicidad como texto y modelo". Marcus, George y Michael Fischer. *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2000.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- García, Cristina. *Soñar en cubano*. Madrid: Editorial Espasa Calpe. SA, 1992.
- Hicks, D. Emily. *Border Writing. The Multidimensional Text*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- LaCapra, Dominick "La Historia y la Novela". Godoy, Cristina y María Inés Laboranti (comps.) *Historia y Ficción*. Rosario: UNR Editora, 2005.
- Lagos, María Inés. "Reconstrucción del estereotipo hispánico en narraciones de Julia Álvarez, Cristina García y Esmeralda Santiago". Burgos, Fernando. *Studies in Honor of Myron Lichtblau*. Newark: Juan de la Cuesta, 2000.
- Lavagnino, Nicolás. "Narrativismo, historiografía y después. La nueva filosofía de la historia y el límite de la comprensión histórica". *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*. N° 3, Septiembre/octubre. Buenos Aires, 2006.
- Mansilla Torres, Sergio. "Literatura e identidad cultural". *Revistas Electrónicas UACH. Estudios filológicos*. N° 41. Valdivia, 2006. <http://mingoonline.uach.cl/scielo.php?script=sciarttext&pid=S0071-1713200600010>. Fecha de acceso 22 de marzo de 2010.(online).
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Londres y New York: Routledge, 1992.
- Rosario-Sievert, Heather. "The Dominican-American Bildungsroman: Julia Alvarez' *How the Garcia Girls Lost Their Accents*". Augenbraum, Harold and Margarite Fernández Olmos (eds.). *U.S. Latino literature: a critical guide for students and teachers*. Westport, Conn: Greenwood Press, 1997.
- Sahlins, Marshall. *Islas de la Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Madrid: Gedisa, 1990.
- Santiago-Stommes, Ivelisse "Nación, cultura y mujer: La identidad nacional y las relaciones entre hombres y mujeres en *Soñar en cubano* de Cristina García". *MaComère*. Volumen 4. Harrisonburg, VA, 2001.
- Vorda, Allan. *Face to face: interviews with contemporary novelists*. Houston: Rice University Press, 1993.